

EL ESPÍRITU LATE POR CATALUÑA (*)

«A Barcelona hay que bombardearla al menos una vez cada 50 años» (Baldomero Espartero, 1842)¹. Este aserto de quien fuera Presidente del Consejo de Ministros en tres ocasiones (1837-1837), (1840-1841) y (1854-1854), y regente del reino de 1840 a 1843, nos acerca al análisis de lo que está pasando en este momento en Cataluña, pues son muchos los que están de acuerdo con lo dicho por el general Espartero y se impacientan con el hecho de que el actual gobierno de España no haya realizado ya una contundente demostración de fuerza contra Catalunya. De hecho han pasado ya los cincuenta años de rigor tras la derrota de las instituciones catalanas, el *Parlament* y la *Generalitat*, tras la última guerra civil española (1936-1939).

Pero a su vez esta frase indica la existencia de un tipo de realidad profunda en el pueblo catalán que los poderes oligárquicos no consiguen extirpar. Se puede anular durante una o varias generaciones, pero el poder del Estado sabe, o quizás no sabe, que resurgirá. Por lo menos Espartero fue consciente de ello.

Nadie que no ame a su nación, puede entender el problema catalán. No hablo de la *patria*, ese vocablo de rancio tufo oligárquico, patriarcal y militarista que se impuso definitivamente durante el siglo XIX en España, y en otros países, tras el triunfo de las revoluciones liberales.

El concepto de *nación* en sus inicios se identificaba con el de *pueblo*. La palabra *nación* tiene un mismo origen etimológico que la palabra griega *gea* (tierra ancestral) y el verbo castellano *engendrar*².

Una nación nace y crece a partir de un territorio en el que la crianza de los hijos e hijas que han de procurar a su vez su descendencia y continuidad en el tiempo sea posible. Los habitantes de ese territorio en general comparten una misma lengua, siguen una parecidas costumbres y sobre todo se sirven de una ética propia y al mismo tiempo universal que rige su convivencia desde dentro, con autogobierno. De ese modo la norma jurídica se identifica con la moral elaborada con el análisis continuado de la conducta grupal mediante la democracia directa, posibilitando así que el acto de juzgar sea este a un tiempo a aplicar la norma y a revisarla para mejorar las relaciones personales en la comunidad nacional. Una nación en sentido estricto debe compaginar la convivencia con la libertad tanto individual como grupal, en la que se incluye la libertad de conciencia.

¹ *El Comú Català*. David Algarra. Ediciones Potlatch, 2016.

² Viene de la palabra indoeuropea “gen” de la que deriva “(g) natio” significa “dar a luz”, “engendrar”.

Existen otras muchas realidades sociales que comparten el mismo vocablo pero no tienen el significado que acabamos de exponer. Y desde luego el concepto de Estado-patria tan comúnmente aceptado hoy día, nada tiene que ver con el concepto de nación.

En todo caso este tipo de realidades que se podrían denominar supranacionales, los Estados, tendrían sentido si su estructura estuviera montada de tal manera que no fuera en contra de aquellas naciones que la componen. Lo que no es el caso.

Aunque en el siglo XIV algunos propusieron que Isabel y Fernando fuesen llamados reyes de España, no se hizo por carecer este término, por otro lado muy antiguo, de entidad jurídica.

Más tarde, en la medida que el Estado se fue consolidando como tal, dando lugar al llamado Estado moderno, se utilizan los conceptos de España o Las Españas según los casos, lo que indica ambivalencia a causa de la pretendida unidad y la presencia de fueros y formas de autogobierno singulares propios de las comunidades existentes. Sin embargo, a partir de las revoluciones liberales el concepto de España, como nación-Estado unificada y excluyente, se potencia, consolida y llena de contenido jurídico y con ello un modo de entender el territorio como exclusivo y excluyente de "la nación".

Se trata de una situación similar a la de la formación de Europa en la actualidad, con la diferencia de que, puesto que el supraEstado europeo se está formando a partir de los llamados Estados nacionales previos en cuyo interior jurídicamente han dejado de existir las naciones que estuvieron en su origen, la dinámica en marcha es diferente.

De hecho el intento de formar un supraEstado en Europa no es sino un cambio en la amplitud de la estructura de Estado único. Las naciones europeas hace siglos que sucumbieron a la dinámica de la omnipresencia y dominio de los Estados. Una Europa de las naciones, aunque reivindicada por algunos, parece irrealizable ya que llevaría a conflictos semejantes a los que se están dando entre España y Cataluña. Por ello es lógico que el apoyo europeo que solicitan los independentistas catalanes, les sea negado por una Europa en proceso de unificación. Lo lógico es que siga destruyendo a las naciones que todavía existen en su territorio y no que las potencie.

En realidad lo que se consolidó durante el siglo XV con los Carlos V y los Augsburgo, fue la paulatina destrucción de las naciones existentes en aquel momento en el territorio de la Península Ibérica, dando paso a virreinos dirigidos desde Madrid, es decir acuerdos con el capitalismo mercantil que se estaba desarrollando y cuya organización política evolucionaba ya entonces rápidamente hacia el concepto de nación-Estado que se inició primero con el absolutismo borbónico y posteriormente con las llamadas *revoluciones liberales*.

Si bien España hubiera podido constituirse en una federación de naciones libres, no fue el caso porque la dinámica de crecimiento del capitalismo lo hacía imposible. Y esto por varias razones. En primer lugar porque dado que la organización del Estado es en todo contraria a la estructura de nación, en la medida que crecía aquel había de menguar ésta. Es por ello que la historia de España y de cualquier otro Estado europeo, presenta un continuo de guerras contra los pueblos y las naciones autónomas existentes o con pretensiones de existir, confrontaciones que en algunos casos se convirtieron en guerras civiles como las que

asolaron los siglos XVIII, XIX y XX en España, o en guerras genocidas de exterminio como la que tuvo lugar en Francia en la Vandea, tras la revolución de 1789, por sólo citar una.

El Estado moderno lo que busca, no es necesario insistir pues las evidencias son casi totales, son individuos aislados a los que regentar y no individuos inmersos en grupos sociales con autonomía y vida propia que a su vez puedan asociarse libremente.

Si la nación conlleva la existencia de un territorio, lo mismo ocurre con el Estado, la manera de participar de ese territorio es radicalmente diferente. En el caso de la nación el territorio puede ser compartido. Nada repugna en este sentido. Sin embargo constituye la razón de ser del Estado su exclusividad más radical. Lo que tiene que ver, a su vez, con el concepto de propiedad. En la concepción del Estado contemporáneo, como ya ocurrió en el Imperio Romano, la propiedad pasa de entenderse como relativa, lo que permitía la ayuda mutua en igualdad y la cooperación también en igualdad de varias naciones sobre un mismo territorio, a absoluta. Con la dominación de un pueblo sobre el resto, desaparece definitivamente el concepto de cogestión, excepto en el caso de ocupación de territorios coloniales.

Es evidente que en un >Estado, en el que la defensa de un territorio es lo primordial, éste no puede ser compartido. Hablamos de una parte de la historia de la humanidad, la de las oligarquías reinantes, no de los pueblos libres que también existieron, aunque el interés de los historiadores haya sido menor a la hora de estudiar su existencia y significado, durante los últimos cuatro mil años, del que es un ejemplo, entre otros miles, el irresoluble enfrentamiento de Israel y Palestina dentro de los parámetros geopolíticos por los que se rigen los modernos Estados.

La nación libre, comparte el territorio en primer lugar porque entiende más apropiado para la supervivencia la cooperación frente a la exclusividad, la falta de cooperación y la guerra. También porque la gestación, el nacimiento y la crianza de la prole convienen a un territorio sin conflicto y finalmente porque, puesto que la nación libre recela del Estado, evita alimentar su poder y militarismo. En realidad hasta los tiempos históricos, en que surgieron los Estados, el ser humano en términos generales había sobrevivido gracias a la cooperación más que a la guerra de rapiña³.

Pero aunque es cierto que todo esto cambió en un momento dado y las naciones como tales dejaron de existir, lo que para muchos constituye un *progreso*, no es menos cierto que continuarán los conflictos entre Estados, hasta que abandonemos de nuevo los conceptos de propiedad privada absoluta y territorialidad exclusiva.

Frente a la existencia de naciones que tienen su origen en grupos humanos naturales, los Estados son con toda evidencia creaciones de minorías oligárquicas, ricas, armadas y dominadoras de pueblos y personas. Por ello, como ya hemos dicho, se oponen y opondrán al concepto de nación independiente y libre.

³ El apoyo mutuo. Piotr Kropotkin

Hay más. Estas élites mandantes que rigen los Estados, o que como en el caso catalán tratan de crearlos, que diseñan y rigen el mundo actual a su antojo y que son responsables de las fronteras existentes, lo que equivale a la exclusión de muchos pueblos del concierto internacional, no se rigen por una ética puesto que su razón de ser, la razón de Estado, es la dominación y la fuerza. La ideología que les sustenta es la del darwinismo social, su religión la de la jerarquía y el poder, y su convencimiento el de que no hay que ser ingenuos y hay que golpear primero si se quiere sobrevivir. Conforman un pensamiento tan ajeno y diferente de la necesaria cooperación entre seres humanos, que estamos tentados de calificar de subhumana a esta civilización de los Estados, permanentemente jerarquizada, orientada a la conflagración bélica, y que se constituye básicamente entre dominadores y dominados, lo que supone a su vez un bloqueo y una pérdida importante de aquellos sentimientos necesarios para la convivencia, entre ellos el del amor.

Lo más curioso es que esta manera de pensar que se ha generalizado en la sociedad, no corresponde exclusivamente a la minoría mandante sino a todos aquellos que la han hecho suya y que es la ideología del *superhombre* y *la voluntad de poder*, preconizada por Nietzsche.

Pero si el problema de la independencia de Cataluña, resulta tan controvertido, llama tanto nuestra atención y se ha convertido en tema de reflexión para muchos, es porque en él se superponen dos tipos de reivindicaciones a un tiempo.

Al inicio del presente escrito hemos dicho que no se puede entender el problema catalán si no se ama profundamente a la propia nación (el castellano a Castilla, el gallego a Galicia, el euskaldún a Euzkahrria, etc.) y no a esa entelequia llamada *patria*, militarista y jerárquica que dice que la democracia es ir a votar cada cuatro años y hace del ser humano un productor esclavizado y un participante de un ejército permanente y agresor. La astucia de la oligarquía mandante ha consistido desde siempre, en intentar, sin éxito, que los seres humanos proyecten sus sentimientos, entre ellos su amor sobre el Estado, para lo que se le ha añadido el adjetivo de nacional.

Pero el amor nace de la integridad, es decir del equilibrio de nuestra naturaleza corporal, psíquica y espiritual, y al mismo tiempo de conducirnos en libertad. Quien pierde este equilibrio que por otro lado responde a la estructura básica de cualquier ser vivo, no puede entender ningún fenómeno social en que los sentimientos de amor, entre otros, estén presentes. Por desgracia la sociedad moderna nos tiene sumidos, por la propia necesidad de la experiencia de ser dominadores o dominados, en un desequilibrio permanente y esa falta de integridad conlleva a su vez dificultades en resolver aquellos problemas humanos que necesitan de perspectivas globales.

Lo desconcertante para muchos del problema catalán resulta de la superposición de dos aspiraciones opuestas: el amor del pueblo catalán (lo que queda de él) por su libertad, es decir por vivir como nación propia y singular con su lengua, sus usos y costumbres, su autonomía jurídica y sus normas convivenciales por un lado y, por el otro, la pretensión de sus oligarquías mandantes de formar un Estado, lo que equivale apuntarse a la escalada de explotación y dominación de cualquier Estado consolidado como tal.

En este sentido es interesante el artículo de Pere Rusiñol *“Independencia de Catalunya: ¿Con la ayuda de Trump o de China?”*, aparecido en el diario digital “El diario.es”⁴ en el cual se analizan las posibilidades que tiene Cataluña de conformar realmente un Estado independiente. Según el autor, desde el punto de vista de las estrategias geopolíticas actuales, las posibilidades son prácticamente nulas, a pesar de que siempre existen resquicios que en otros casos han sido aprovechados por quienes han llegado a crear un Estado nuevo. En cualquier caso la existencia de un nuevo Estado, habría que englobarla en una misma dinámica de poder y dominación a escala mundial.

Así pues, según el autor, la pretensión de crear un Estado propio parece estar condenada al fracaso. ¿Entonces, se pregunta, por qué los dirigentes catalanes se arriesgan y no cejan en su empeño? Según el autor, porque han visto en esta forma de populismo un rédito electoral. Pero la respuesta no parece convincente y resulta demasiado simple, ya que con dicho rédito precisamente se verían obligados de nuevo a plantear la independencia de Catalunya.

En Cataluña, como sugiere la frase de Espartero, existe una realidad más profunda y difícil de combatir. Y esa realidad, puesto que hace su aparición de forma cíclica a lo largo de la historia, no es otra que la permanencia en su existencia de **la nación catalana, nación que se sustenta en aquellos que la aman**, algo también muy real, aunque generalmente no se tenga en cuenta en los análisis. Es por ello que ha sobrevivido en la historia y sobrevive a pesar de lo convulso del momento actual, hasta que las estrategias de poder tanto de dentro como de fuera, cada vez más sutiles y por tanto más poderosas, en su intento, acaben con ella, o nó.

Rafael Rodrigo Navarro

(*) El título de este artículo está tomado del libro escrito por Luis Busquets i Grabulosa, biógrafo del pensador catalán Lluís M Xirinacs i Damians, intitulado *L’Esprit batega per Catalunya*, una recopilación de algunos de sus escritos entre los que se habla sobre el tema de la independencia de Cataluña.

⁴ El diario.es http://www.eldiario.es/catalunya/opinions/Independencia-Catalunya-ayuda-Trump-China_6_606549355.html